

**EXPERIENCIAS DE
TODA UNA VIDA:
CARTAS DE
GERMÁN ARCINIEGAS**
Edición y Relato Personal de
Roberto Esquenazi-Mayo



SOCIETY OF SPANISH AND SPANISH-AMERICAN STUDIES

CONTENIDO

Prólogo. Luis T. González-del-Valle	xi
Palabras de Gratitud. Roberto Esquenazi-Mayo	1
Relato Personal. Roberto Esquenazi-Mayo	5
Correspondencia. Germán Arciniegas	39

APÉNDICE

El estudiante de la mesa redonda. Adolfo Salazar	165
Relato del buen aventurero. Germán Arciniegas	168
Events in Colombia. Germán Arciniegas	171
Colombia Under Dictatorship. Germán Arciniegas	174
Colombia's Government. Germán Arciniegas	176
Latin America's Military Men. Germán Arciniegas	179
Bolstering of Dictatorship Believed Consequence of Aid. Germán Arciniegas	180
Public Opinion and the McCarran Act	182
Colombia in Danger.	183
'McCarran Act at Work.	185
An Unfortunate Incident.	186
El otro tema de nuestro tiempo. Germán Arciniegas	187
Opina Germán Arciniegas. Germán Arciniegas	189
Discurso en La Habana. Germán Arciniegas	197
Testimonio de Aurora Angueyra Figueredo.	199
Carta del Presidente Bush a Germán Arciniegas	201

PRÓLOGO

La figura de Germán Arciniegas resulta sumamente importante para quienes aman las letras hispanoamericanas. Además de ser un prolífico ensayista, historiador y periodista, don Germán ha desempeñado con distinción diversos cargos dentro y fuera de Colombia. Preocupado siempre por la libertad, el autor de *El continente de siete colores* ha sido testigo de las más variadas y, a veces, frustrantes y curiosas circunstancias en nuestro continente, algo directamente perceptible en su correspondencia con Roberto Esquenazi-Mayo y en el texto previo, el «Relato personal», con que el mismo Esquenazi-Mayo nos presenta la figura de ese Arciniegas tan bien conocido por él.

En las cartas de Arciniegas que constituyen el corazón de este libro se discuten aspectos significativos de la historia a través de varias décadas. En última instancia, estas cartas son testimonio vivo de la problemática realidad americana, de cómo los hechos fueron y, quizá lo que es todavía más importante, de cómo debieron ser.

Después de la tan sentida presentación preliminar de Arciniegas hecha por Esquenazi-Mayo y de las cartas de este gran colombiano, el libro continúa con un Apéndice donde son reproducidos documentos en torno a don Germán y algunos textos suyos que, al unísono, responden a situaciones concretas y demuestran la constante devoción de Arciniegas por la Libertad y por el Nuevo Mundo. Dicho Apéndice casi concluye con el testimonio de la madre de don Germán, doña Aurora Angueyra Figueredo, sobre cómo el padre de ella escapó de una cárcel española en Cuba durante la primera Guerra de Independencia de ese país. He aquí un nuevo e importante nexo entre Arciniegas y Esquenazi-Mayo, figuras ejemplares de América que comparten una larga amistad y un antecedente cubano que explica las actitudes éticas de dos infatigables luchadores con raíces en la tierra de José Martí.

Luis T. González-del-Valle
University of Colorado at Boulder

RELATO PERSONAL
EXPERIENCIAS DE TODA UNA VIDA:
CARTAS DE GERMÁN ARCINIEGAS

Roberto Esquenazi-Mayo

Este no es ni pretende ser un prólogo. Es sólo un relato personal alentado por las cartas de D. Germán Arciniegas. Es un relato que se circunscribe, primordialmente, a los años comprendidos en la correspondencia, es decir desde 1940 hasta nuestros días. No es ni pretende ser un estudio sobre la magna obra de D. Germán. No habría más que consultar la bibliografía preparada por Juan Gustavo Cobo Borda¹ para percatarnos de la vastedad y variedad de lo que ha escrito y publicado D. Germán. En estas páginas estoy tratando de cumplir otra misión: conocerlo de su puño y letra durante uno de los períodos más agitados de su residencia fuera de Colombia y de cómo venció obstáculos que parecían insalvables.

Sabemos que la vida de Arciniegas ha sido, y sigue siéndolo, un incansable hacer. Podría afirmarse que el llamado «movimiento continuo» dudado por los físicos, ha sido posible en una sola persona, en una sola vida: la de Germán Arciniegas.

Estas cartas manifiestan una vertiente de D. Germán que no divulgan sus libros. Lo vemos día a día, moviéndose de un lugar a otro, de una conferencia a otra, de un país a otro, de un artículo a otro de un archivo a otro, de un proyecto a otro, en busca de oxígeno espiritual, de información, de lucha contra las transgresiones que peligran la democracia y la libertad. Su esfuerzo es sobrehumano, sin perder su humanidad, nunca sintiéndose desventurado. Con calma y con la gracia de su prosa combate tiranías y fragua nuevos derroteros que afianzan y permiten resplandecer el aporte esencial de América al mundo: l i b e r t a d.

Eso manifiestan estas cartas. Pero, cosa rara, casi a regañadientes me concedió permiso para publicarlas. En un principio no las creyó importantes. El 24 de febrero de 1965 escribió: «No creo que las cartas que usted me dicen tengan tanto interés como para publicarlas. Cualquiera día le damos un vistazo y si realmente vale la pena, pues se hará». Añadió: «Creo que soy pésimo en la literatura epistolar. Sobre esto tengo la más completa seguridad». Nada más erróneo. Desde París, el 16 de abril de 1973 aun no creía en la importancia de sus cartas. «Vamos a ver cómo se presentan esos papeles [las cartas] que para mi mismo serán sor-

presivos». El 6 de octubre de 1981 escribía: «Me alegra saber otra vez de su vida. Y la noticia que me da de la publicación de las cartas». Ya se inclinaba a favor de dar a conocer su correspondencia.

Para entonces las conversaciones personales y telefónicas, amén de su correo, cubrían un período sumamente activo de Arciniegas . . . Las dictaduras en América Latina iban quedando detrás . . . Viajó con su hija Gabrielita a la Europa del Este. Observó muy de cerca un fenómeno que contribuiría al desplome de la Unión Soviética y de sus países vecinos. El 9 de octubre de 1972 me decía: «Regresé la semana pasada de una experiencia inolvidable. El viaje a través de Polonia, Checoslovaquia y Rumania deja al visitante enamorado de esas gentes, y un poco con corazón apretado . . .». Con firme profecía, lo que pareció ser en esa fecha sólo una quimera, se hace realidad en noviembre de 1989: «A ustedes quizás les alcance la vida para presenciar la revolución más sensacional y dramática de estos tiempos: la rusa que algún día vendrá, saliendo de las propias entrañas moscovitas. Cuando eso ocurra, Polonia, Checoslovaquia, Rumania y todas las demás darán su grito de independencia».

Le ha alcanzado la vida para ser testigo del movimiento sísmico que derrumbó la tiranía marxista de Europa y le alcanzará para atestiguar el desplome de la que aun impera en Cuba.

Meses antes de noviembre de 1989—el 18 de julio—escribía: «Lo de publicar las cartas tiene de bueno este largo período de nuestra vida en que han pasado tantas cosas que la gente ahora ignora por completo». Y resumía todo ese tiempo transcurrido en un párrafo convincente y conmovedor: «Yo mismo me admiro porque los tiempos que hemos vivido son únicos, y hay que ver un solo caso, como el de Cuba, para darnos cuenta de los altibajos de nuestra historia. Un coloquio como el que hemos tenido usted y yo, apenas alcanza a señalar un pequeño aspecto de las cosas».

Confieso: soy yo a quien no le ha sido fácil releer estas epístolas sin conmovirme, sin que una que otra lágrima empañe mi vista, sintiéndome abrazado por el cariño de un combatiente infatigable, nunca remiso a tenderme una mano. Soy yo quien se ha sentido conmovido por párrafos alentadores, por consejos fraternales, por percibirme confiante de una vida inalterablemente ética. Soy yo quien debe confesar que no me ha sido fácil emprender la tarea que exige la buena organización de un texto. Tanto la de incluir las aclaraciones que, intermitentemente, pide una que otra carta, de manera que el lector pueda seguirle los pasos a una vida no reflejada, sino plasmada en páginas escritas a la carrera: a veces en un avión a treinta mil pies de altura, muchas entre uno y otro viaje.

El grueso de nuestra correspondencia comienza en 1949, al trasladarme de Nueva York a *Sweet Briar College*, en Virginia, donde ocupé una plaza de Instructor de Literatura Hispanoamericana. Dada la perentoriedad con que escribía sus cartas, algunas no están fechadas. He tratado de colocarlas cronológicamente, según el tema. Dudo haber acertado en todos los casos. Pero aunque fueron escritas vertiginosamente, son el resultado de la luminosidad de un hombre con un objetivo: obrar bien, escribir bien, sin escamotear la defensa de la democracia.

Voy percatándome que estoy emulando una frase de Miguel de Unamuno cuando pronunció una conferencia sobre su amigo Joaquín Costa: «No estoy refiriéndome a Costa, voy a hablar sobre 'mi Costa', el Costa que conocí, el Costa que quise». Ni más ni menos es lo que me acontece. Mis palabras giran en torno al Arciniegas que quiero, que he querido siempre, a quien debo una amistad que «ha durado años», como él me ha dicho. Una amistad que comenzó en 1940, cuando desde Buenos Aires contestó unas líneas que le había escrito un muchacho habanero.

Con el paso de los años, nos enteramos del pretérito por medio del prisma del investigador. Está bien que así sea. Para que el lector comparta idénticas emociones que los protagonistas, se necesita un historiador o un biógrafo que se adentre no sólo en el tema sino también en los sentimientos del momento. Pero me pregunto: «Nos sacude como nos sacude», por ejemplo, el *Diario* escrito por Anne Frank. Ella lo escribió sin la pátina del tiempo, con la espontaneidad del momento. En este caso, creo yo, no juzgamos el texto. Sentimos los latidos de Anne Frank. Y vuelvo a preguntarme: cuando de acontecimientos dramáticos se trata, ¿cómo puede trasmitirse al lector el sufrimiento físico, la tortura, la alegría, la briosa actividad o la exaltación que produce una obra terminada? No me refiero al texto que puede ser, y lo es con frecuencia, evocador, sino a la textualidad, la «idea», que es lo que percibimos. La «idea» y la «imagen»: juzgamos el texto pero no siempre la intensidad de la experiencia que ha dado origen al texto. Desgarradoras, sin duda, son las páginas donde Gitta Sereny recuenta las memorias de los sobrevivientes y las de los cabecillas de los campos de concentración nazi. Aunque el lector de *Into That Darkness* reacciona con ira y estupor, el texto lo distancia de la experiencia original. Se convierte, entonces, en texto.

Tengo para mí que mientras más cercano esté el recuento a los hechos mejor será para el lector. Esa cercanía no se define sólo por una cercanía física. Puede que sea una cercanía sentida en la propia sangre. Eso lo ha realizado Arciniegas, en sus historias, y con indisputable espontaneidad en su correspondencia. Es lo que le concede verdadero